

La lectura comienza antes de los textos escritos

El primer libro de un bebé es el rostro de su madre, la voz de sus padres. Esas primeras lecturas movilizan su pensamiento, respetarlas y nutrirlas con nuevas historias es permitirle al bebé construirse como sujeto... Leer es una modalidad necesaria de la actividad síquica general. El autor señala la importancia del intercambio con los otros, de la compañía, del acto de señalar, de compartir lecturas con los niños.



Evelio Cabrejo-Parra

Psicoanalista y lingüista colombiano (1942) radicado en Francia, donde es conferencista principal y responsable de los cursos de ciencias del lenguaje en la UFR de lingüística de la Universidad Jussieu-Paris VII y vicepresidente de Acciones Culturales contra Exclusiones y Segregaciones, ACCES. Ha sido profesor de filología en la Universidad Nacional de Colombia y en l'Ecole Normale Supérieure de Fontenay-aux-Roses. Algunas de sus últimas publicaciones: "Remarques sur l'organisation de l'activité verbale chez l'enfant" en *Enfance du Langage*, Les Cahiers de Fontenay, ENS de Fontenay-aux-Roses, 1994; "La fête narcissique des premières syllabes" en *Aimer être aimer*, Nouvelle revue de psychanalyse, N° 49, 1994; "Langue, littérature et construction de soi" en *La littérature dès l'alphabet*, París: Gallimard Jeunesse, 2002, p. 69-85; "Pour que la lecture ne sois pas un échec" en *Cahiers pédagogiques*, París, 2003.

Hay una lectura anterior a la lectura de los textos escritos, es la lectura del texto oral. Este acto de lectura es inherente a la puesta en movimiento del pensamiento. Sabemos que el bebé viene al mundo con las capacidades que le permiten manejar las informaciones del mundo físico y las del vasto mundo de la intersubjetividad. La voz de la madre ya está inscrita en la psiquis del bebé cuando nace. Esta inscripción comienza hacia el fin del cuarto mes de gestación, cuando la capacidad auditiva del feto se organiza de tal manera que las informaciones sonoras ya son accesibles a su aparato auditivo. Esto echa por tierra todos los conceptos de tabula rasa, pues el bebé es capaz de

Creo que antes del alumbramiento toda madre se prepara para este encuentro con un sujeto en construcción, para poderlo criar de una manera adaptada a las competencias del bebé. La madre hace una especie de regresión en el lenguaje para entablar un diálogo particular con el bebé

manejar las informaciones ligadas a la voz para hacer emerger el sentido. Que él consiga distinguir la voz de su madre de las otras voces que lo rodean supone ya una discriminación mental que pone en marcha el movimiento del pensamiento. Esta capacidad también le permite situarse como un pequeño sujeto en medio del mundo complejo y abstracto de la intersubjetividad. En efecto, él también viene al mundo equipado con la capacidad de reconocer a sus congéneres. La cara de la madre jugará un rol fundamental en la movilización de su actividad síquica pues una cara no es simplemente algo con una boca, una nariz y dos ojos, sino un “libro” que permanentemente envía informaciones que el bebé maneja a cada instante, así no nos demos cuenta.

¿Dónde está la lectura en todo esto?

Se puede hablar de lectura antes de la escritura porque en su capacidad de leer la voz y el rostro el bebé pone en movimiento una actividad interpretativa que permanecerá como centro de la creación del sentido para la psiquis humana. Esto permite decir que de cierta manera el acto de la lectura está en el origen de la actividad del pensamiento. Es la ontogénesis del pensamiento porque el sentido, una especie de objetivo del espíritu, no está dado por completo. Hay que construirlo a partir de las informaciones que se reciben. El acto de lectura interviene en la lectura que el sujeto hace de las infor-

maciones que recibe y que le sirven para movilizar su actividad síquica. Por este medio llega a construir un sentido, y esta es una de las finalidades de la actividad síquica en general. Le doy mucha importancia a esta puesta en movimiento precoz de la actividad síquica que implica ya una lectura y que, de cierta manera, puede considerarse como el ancestro necesario de la lectura de un texto escrito. Sin esta primera lectura, las otras modalidades de lectura no podrían realizarse; porque el bebé le da sentido a la voz, después le dará sentido a un texto escrito y, recíprocamente, cuando comience a hablar los otros “leerán su voz”, darán sentido a su pequeño discurso. Veremos cómo el adulto juega un rol fundamental en el planteamiento de esta actividad precoz de lectura, dando permanencia a las informaciones que la actividad síquica del bebé puede manejar. Creo que antes del alumbramiento toda madre se prepara para este encuentro con un sujeto en construcción, en nacimiento, para poderlo criar de una manera muy específica, adaptada a las competencias del bebé. La madre hace una especie de regresión en el lenguaje para entablar un diálogo particular con el bebé que, por su parte, le envía los ecos de las informaciones que ella le ha dado y a los cuales ella también es extremadamente sensible. Este diálogo ocurre lo mismo a nivel del cuerpo que de la voz. Al alzar un





Hablo aquí del “libro” como metáfora porque el hombre no inventó el libro por azar sino porque ya llevaba un libro adentro.

bebé, todos hemos constatado que él participa del hecho de cogerlo tensionando su cuerpo. Si el bebé permanece como una especie de muñeca de trapo, esto quiere decir que no dialoga y alzarlo tampoco es fácil. Podemos definir la capacidad del lenguaje como una capacidad específica de nuestra especie para manejar las informaciones que vienen del otro y para remitir un eco de su manejo.

El libro psíquico

¿Qué ocurre en la construcción síquica del niño cuando se da la lectura? Constatamos que el destino de la actividad síquica se realiza en tres movimientos que hacen parte de la actividad de leer. En primer lugar, se trata de leer continuamente las informaciones que vienen del mundo de la intersubjetividad, ese mundo un tanto difícil en el que nuestra vida se realiza y donde se desarrollan el amor, el odio, el reconocimiento, la mentira, etc. En segundo lugar, se trata de leer las informaciones del mundo físico, el mundo exterior, utilizando todos nuestros sentidos. Por último, también se trata de leer las informaciones del mundo interno, ese que cada uno experimenta en el fondo

de sí mismo. Sin saberlo toda persona está, sin cesar, en tránsito de leer tres libros: el libro de la intersubjetividad, el libro del mundo y su libro interno.

La intersubjetividad participa en la construcción de ese libro interno. Todas las pasiones del alma, todos los fantasmas de nuestro espíritu hacen parte de nuestro libro psíquico y podríamos decir que desde su nacimiento cada ser humano comienza a escribir su propio libro, a través de su desarrollo psíquico, y que este libro permanecerá inacabado siempre. Hablo aquí del “libro” como metáfora porque el hombre no inventó el libro por azar sino porque ya llevaba un libro adentro. Sin duda, gracias a ese libro enraizado en la psiquis de cada ser humano se pueden comprender más tarde todos los demás libros.

Este primer libro simbólico, guardado en el fondo de cada uno de nosotros, ese libro psíquico, está escondido pero siempre presente, no se borra. El otro, el libro que podemos tomar con nuestras manos, es finalmente una especie de eco del libro que llevamos en nosotros. No es por azar que todos los que teorizan sobre la psiquis utilizan metáforas sobre el libro y hablan de “primera inscripción”, de “segunda inscripción” (Freud), de “la letra” (Lacan). Hay que resucitar insistentemente ese libro psíquico, ese gran olvidado en la lectura, para poder entrar o hacer entrar un lector en el libro físico, ese que nosotros conocemos como objeto y contiene todas las culturas del mundo.

Podríamos decir que la literatura es la lectura de la lectura porque el escritor, finalmente, escribe leyendo su propio libro psíquico. El acto de escribir no viene de la

nada, viene de alguna parte que podría ser el libro psíquico del autor que [se] lee al tiempo que escribe.

De este modo cuando leemos su texto escrito no hacemos otra cosa que la lectura que él ha hecho de su propio libro psíquico. Y así mismo entramos en contacto con nuestro propio libro psíquico, que contiene pasajes que no se quisieran leer, pasajes que quisiéramos borrar y páginas que preferiríamos saltar. Se pueden pasar las páginas del libro físico pero no las del libro psíquico que, como todo buen libro de literatura está profundamente condensado y ofrece lecturas inagotables. Todas nuestras experiencias de intersubjetividad, nuestros fantasmas psíquicos, toda nuestra experiencia del mundo físico están consignadas, inscritas, en él. La lectura de ese libro conciso es finalmente el eco de la condensación del libro psíquico del ser humano.

Construir sentido, función esencial de la actividad psíquica

Estas reflexiones encuentran resonancias en el acto de leer tal como los concebimos en ACCES. ¿Por qué les leemos a los niños? ¿Por qué gastamos una enorme energía humana, y económica alrededor del acto de leerles? Nosotros no leemos textos a los niños para que se conviertan en buenos lectores, sino porque sabemos que esas lecturas les permiten ubicar algo fundamental para

...no leemos textos a los niños para que se conviertan en buenos lectores, sino porque sabemos que esas lecturas les permiten ubicar algo fundamental para ellos: el descubrimiento de que los textos son cosas que tienen un sentido, cantidad de sentidos y que cada sujeto debe trabajar un poco para llegar a construir el sentido en su espíritu.

ellos: el descubrimiento de que los textos son cosas que tienen un sentido, cantidad de sentidos y que cada sujeto debe trabajar un poco para llegar a construir el sentido en su espíritu. El bebé comprende muy rápido lo que dicen los adultos. El movimiento de la boca y el sonido que ésta produce tienen un sentido que él interpreta. Uno admite esta función interpretativa cuando comienza a leerle textos, y si los niños son tan sensibles a nuestra voz y rostro es porque ellos leen permanentemente. No sabemos qué comprenden, pero sí sabemos que han comprendido alguna cosa y que una especie de movimiento psíquico tuvo lugar. Cada niño construye cosas diferentes que no son las mismas de los adultos, exactamente como en la lectura del mundo, en donde sabemos que el bebé no analiza las informaciones como el adulto.

Hay que respetar el pequeño sentido que él elabora para permitirle construirse como sujeto, para que esta elaboración pueda ser fuente de pensamiento y actividad lingüística. Si no respetamos esta pequeña actividad psíquica, si no la alimentamos, simplemente estamos invitando al niño a situarse en el mundo de la conminación, en el mundo de las órdenes que le damos. En ese caso, él está sometido permanentemente a los deseos del otro y no puede emerger como sujeto.

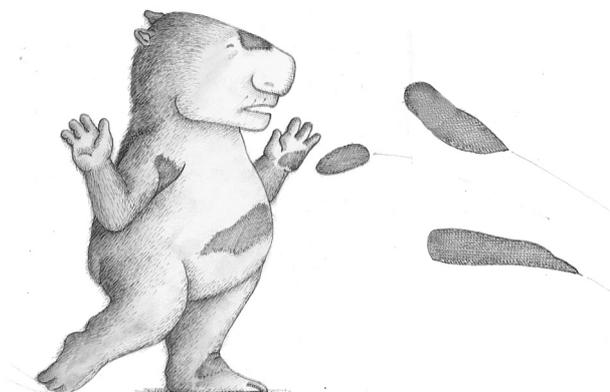
La relación con el lenguaje jamás será la misma en un niño al cual el adulto le haya impuesto su pensamiento e interpretación de las cosas, que en un niño cuya actividad psíquica haya sido reconocida de entrada. Es la diferencia entre un lenguaje análogo, que no hace más que repetir el discurso del otro, y uno creado por el sujeto.

Un reconocimiento recíproco y permanente

El rol del adulto es permitir que esa actividad propia de pensamiento pueda emerger en el espíritu del niño, acompañarlo y devolverle resonancias permanentemente. De esta manera el niño se aferra a su propia actividad psíquica y comienza a amar la lectura de su mundo psíquico, como lo prueba la aparición de las primeras sílabas.

Se instaura así un primer diálogo entre el bebé que pronuncia sílabas y el adulto que las repite. Este intercambio remite al bebé un eco de su actividad psíquica, así comprende que su pequeña sílaba ha puesto en movimiento la actividad de pensamiento de aquél que lo escucha. Éste le envía nuevas señales, le sirve como espejo simbólico de su actividad psíquica. Este reconocimiento recíproco y permanente de la intersubjetividad funda el lenguaje, cada uno está presente simbólicamente en el discurso del otro y sabemos que el bebé tiene necesidad de que se le reconozca su actividad psíquica cuando está en compañía de adultos.

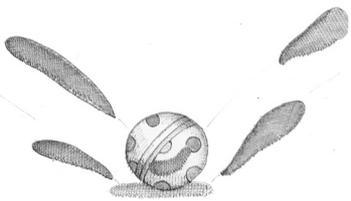
La intersubjetividad supone un largo recorrido de ubicación de la organización psíquica. Ésta aparece ya en la distinción de las voces y la diferenciación de los rostros. Se puede considerar como buena noticia el que hacia los seis meses los niños se sorprendan al ver rostros desconocidos porque ésa es la prueba de que la representación del rostro de la madre está bien formada. El niño que esperaba ver un rostro, al ver otro experimenta una especie de pequeño pánico psíquico necesario en la organización de la intersubjetividad. Será necesario entonces que el bebé pueda aprender a mirar a través del rostro de su madre todos los otros rostros que verá en su vida.



Todas las culturas han tenido que inventar juegos como el móvil, llamados de triangulación, que favorecen esa necesaria organización psíquica. Se pone en la cuna un pequeño objeto que se mira a dúo, en una visión conjunta, bien distante de las miradas narcisistas directas porque se trata de mirar una cosa que no soy yo ni eres tú, sino algo diferente en lo que nos interesamos juntos. Es una especie de objeto de transición, del mismo orden que las primeras sílabas. Al interesarnos en las sílabas del bebé nos interesamos en su actividad psíquica, así se introduce la triangulación y se le permite crear separaciones psíquicas, necesarias en el viaje del pensamiento.

Todos estos movimientos del pensamiento se concentrarán después en el acto de mostrar. Cuando antes de decir sus primeras palabras un bebé comienza a señalar objetos a los otros se puede decir que todo el lenguaje ya está ahí. En efecto, mostrar una cosa a alguien quiere decir que la representación del otro ya está inscrita en el espíritu de aquél que señala.

El acto de mostrar es absolutamente necesario al aparecer las primeras palabras: es en ese movimiento que el niño puede captar la designación sonora que hace el adulto en respuesta a eso que él le muestra. El otro



está presente en los sonidos de las palabras porque éstas vienen de los otros, de aquellos que ya poseen la lengua. Todo esto hace parte de la intersubjetividad que va a tomar forma en la lengua, como en el caso de los pronombres, por ejemplo. Al nombrarse a sí mismo cuando habla, el sujeto ubica al otro. Es probable que si el niño no pudiera hacer este trayecto, que consiste en mostrarle un objeto a otro, no podría aprender los pronombres. Comprendemos hasta qué punto el funcionamiento de la actividad psíquica es tan sofisticada que es silenciosa. Constituye una especie de cadena interna, un área psíquica que se construye permanentemente, que no ha olvidado las construcciones del pasado y que se integra siempre a los nuevos movimientos. El prototipo de la intersubjetividad no es otro que el discurso, el diálogo de los adultos que consiste finalmente en remitir al otro el eco semántico de eso que él ha enunciado, eco que a la vez modulará y quizá cambiará el discurso de uno y otro. Es una especie de transferencia natural, cada uno sirve de espejo a la actividad psíquica del otro y viceversa. Hay que dejar que el niño aprenda a mirarse en sus espejos y a mirar los espejos de los otros.

Los espejos de los cuentos

Lo que ocurre en la lengua oral en ese momento también ocurre en los cuentos y la literatura en general. Esta ofrece una cantidad de espejos susceptibles de permitirle al niño mirarse a sí mismo a través del espejo de la actividad del pensamiento de los autores de los cuentos. Mucho más si los cuentos ponen en escena momentos funda-

mentales de la actividad psíquica, de la construcción arquitectónica psíquica.

Como ocurre en el libro de Martin Wadell *Las lechucitas*¹. Los bebés lechuza plantean algo fundamental que se podría llamar “la espera” y que, en el bebé, ocurre hacia los seis meses, cuando es capaz de recordar las relaciones que tuvo con alguien y espera una especie de repetición de esas relaciones. Esta espera introduce un planteamiento de la organización de la temporalidad psíquica en la medida en que, como los bebés lechuza, el niño desea algo; crea un futuro psíquico acordándose de alguna cosa del pasado. Todas las estructuras verbales de la lengua están contenidas en esta “espera feliz”, para usar las palabras de René Diatkine, ese momento en el cual el niño no está desordenado en su temporalidad sino que espera el retorno de su madre. Los bebés lechuza plantean eso, esperan y en ese lapso la espera produce, de repente, una especie de pánico menor, el de la voz, el de los cuentos, el de la literatura que hace trabajar psíquicamente y, al mismo tiempo, permite introducir lo desconocido, la espera, lo inesperado. Se ve bien que las historias no son otra cosa que la puesta en escena de movi-



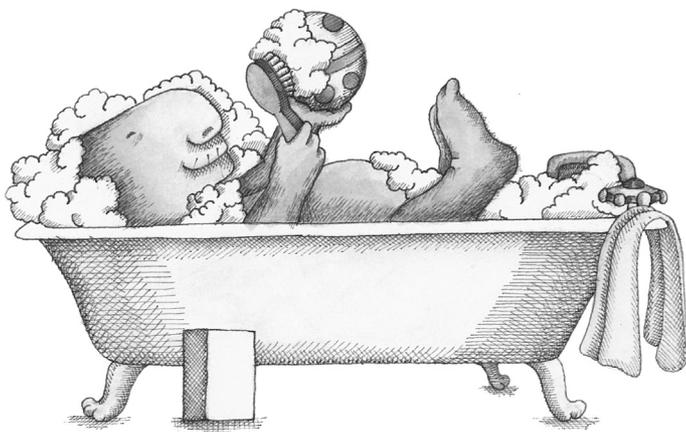
¹ Ilustrado por Patrick Benson y traducido por Andrea Bermúdez, fue publicado por Santillana (1994).

Los cuentos los ponen en escena. Permiten contarle al niño, sin decirle directamente, que esos fantasmas son comunes a todos y que no hay razón para inquietarse.

mientos psíquicos inherentes a las especie humana. Éstas utilizan un psicodrama de la humanidad en el cual cada individuo podrá jugar su propio psicodrama. Y si todas las culturas han inventado cuentos es porque estos responden a necesidades. No se puede imaginar una lengua sin literatura.

A medida que la humanidad avanza en el tiempo construye cuentos y obras literarias que crean una condensación cultural. Una suerte de experiencia humana se transmite de este modo, de generación en generación, permitiendo cada vez que una nueva generación pueda tener un teatro en el cual descargarse, apoyándose en la experiencia de los mayores.

Pero la puesta en escena de la literatura tiene un ancestro, también en la fuente del lenguaje y es, una vez más, la actividad déctica, la del acto de mostrar. El acto de mostrar es una puesta en escena que responde a algo fundamental en la actividad psíquica del niño. Hay que subrayar que el acto de mostrar no toca al objeto, sino que lo muestra a una cierta distancia. Puede ser



el pájaro que pasa y el niño ve, el pichón que llega al balcón y el niño ve a través de la ventana y muestra al otro diciendo “¿Qué?”. Él muestra sobre todo, por el objeto, que ese elemento le ha producido un evento psíquico. Dicho de otra manera, él lo utiliza como soporte para hacerle ver al otro lo indecible de eso que ha ocurrido en su espíritu. Eso es lo que llamamos teatro, la puesta en escena y el que cada uno se sirva de ella para hacer ver lo indecible del espíritu a través de ciertas materialidades. Encontrar los soportes para hacer ver al otro aquello que ocurre en el espíritu constituye una puesta en escena fundamental. La palabra es ella misma una especie de teatro universal. Como el libro, el teatro está inscrito en la psiquis humana, hace parte de las actividades humanas. Somos todos directores de escena sin saberlo, como el bebé es un lingüista ignorado.

Puestas en escena inagotables

Entonces, el lenguaje es un medio para realizar nuestras puestas en escena, y está a nuestra disposición permanentemente. Si los cuentos y los libros de literatura son puestas en escena de eso que ocurre en la psiquis, el sujeto que lee pone en escena las modalidades de interpretación de los cuentos. El mismo libro soporta interpretaciones, es decir puestas en escena inagotables. La persona que lee cuentos a los niños hace cada vez una puesta en escena diferente del mismo libro. Todos esos cuentos tienen en común, como mencioné antes, eso que se puede llamar los fantasmas psíquicos; el amor, el odio, los celos. ¿Quién no ha odiado? ¿Quién no ha experimentado celos? ¿Quién no ha vivido un episodio de mentira? Esos pequeños fantasmas psíquicos son inherentes a la especie humana. Los cuen-

La lectura está en el centro del movimiento del pensamiento tanto en los bebés como en los adultos.

tos los ponen en escena. Permiten contarle al niño, sin decirle directamente, que esos fantasmas son comunes a todos y que no hay razón para inquietarse.

Como esta puesta en escena es simbólica, lleva al niño a otro espacio psíquico, a otro tiempo, retomando así las temporalidades de la lengua escrita y oral. En la lengua oral toda organización está marcada por la enunciación, el pasado y el futuro deben tener relación con el *ahora*. La temporalidad de la lengua escrita se construye dentro del texto: “la semana próxima” en un texto escrito no quiere decir lo mismo que “la semana próxima” en uno oral.

Aprender a escribir, a leer y a comprender lo escrito es aprender una nueva modalidad del tiempo. Los cuentos deslizan una temporalidad bien particular, remitiendo la historia a un tiempo muy lejano tan sólo con la fórmula “érase una vez”. Si bien hay una cantidad de temporalidades (tiempo histórico, tiempo de cuentos, tiempo físico, tiempo mítico, tiempo psíquico, tiempo de la memoria y tiempo biológico) sólo el tiempo de la lengua es el mismo para todos. Lo particular de la lectura es reunir las informaciones de la intersubjetividad con las que vienen del mundo interno y con aquellas que el pensamiento del autor ha puesto en escena en el texto. Si la intersubjetividad de la que hemos hablado desde el comienzo no se hace, la lectura no podrá hacerse pues la intersubjetividad es inherente a la lectura. El pensamiento del autor, la actividad psíquica del otro, pone en movimiento la mía. Toda lectura es un acto de amor porque siempre pongo a funcionar el pensa-

miento de un autor al mismo tiempo que pongo en movimiento mi propia actividad psíquica. Poner en movimiento el pensamiento de un autor que no está presente es muy importante, es una especie de compromiso de los vivos, una manera de decir que el pensamiento es inmortal y se pone en movimiento cuando otro pensamiento lo solicita. Interesar a los niños en leer el mundo psíquico les permite interesarse también en la lectura del libro. Es porque nos interesamos en la lectura del propio libro psíquico y del de los otros que el destino humano toma forma.

La lectura está en el centro del movimiento del pensamiento tanto en los bebés como en los adultos. La lectura siempre ofrece pensamientos nuevos. Podemos pasar nuestra vida intentando comprender qué ocurre dentro de nosotros mismos y siempre tendremos la posibilidad de leer las cosas de otra manera. La lectura del propio libro psíquico introduce siempre la duda, un tal vez permanente.

Entonces, a través de la puesta en escena de todos esos fantasmas, a través de los cuentos de niños, el fin de la lectura también es interesar a cada persona en su propio libro. Creo que la lectura de ese mundo psíquico es del orden de un reflejo antropológico. Este mundo está poblado de fantasmas que dan miedo pero que siempre podremos poner en escena sirviéndonos de las puestas en escena de otros. En ese momento nos haremos acompañar simbólicamente, y ese, creo, es el principal objetivo de la lectura.

Artículo tomado de ACCES, *Les cahiers*, 5, París, noviembre, 2001.

Traducción: Juan David Correa

Ilustraciones: Ivar Da Coll, *Chiguero y el baño*, Norma: Buenas Noches, 1987